

Cartas a Mis Pacientes



Ilustración: José Luis Alcover Lillo.

M. Gloria Alcover Lillo*

Máscara, Identidad y Sufrimiento Humano (Primera parte)

*La autora es médico cirujano por la Universidad Complutense de Madrid (España), con especialidad en Ginecología y Obstetricia; además, tiene la especialidad en Homeopatía por la Escuela de Posgrado de Homeopatía de México, A.C., y es miembro de honor de la Universidad de Sevilla, la Academia Médico Homeopática de Barcelona, la Escuela Médico Homeopática Rumana, la Escuela Médico Homeopática Ecuatoriana, la Escuela Médico Homeopática de Bogotá y el Instituto G. Páez de Bogotá.

Comprender la antigua frase acuñada en la antropología médica que dice que “la enfermedad es un diálogo de cada persona con su propia historia” nos lleva a considerar algunos aspectos importantísimos que se dan en el desarrollo natural de la vida de cada uno de nosotros, los complejos seres humanos. Se debe considerar que muchos gestos, aunque no se piensan, exteriorizan y realizan una parte inconsciente de nosotros mismos, descubriéndonos de repente las múltiples respuestas a una de las preguntas que se encuentra implícita en nuestra intimidad, una de las más ambicionadas, recurrentes y necesarias que nos hacemos los seres humanos espontáneamente e incluso sin querer:

“¿Quién soy yo y quién quiero ser?”. Y también: “¿Por qué no soy lo que quiero ser?”.

Entre una frase y otra se devana ante nuestros ojos el ir y venir de nuestros actos, de nuestra conducta, de nuestros acontecimientos internos y externos. Se devana nuestro propio ser y vivir. Nuestra propia realidad concreta y cotidiana. Es decir, **los hechos**. Lo que somos y hacemos cada día de nuestra vida, cómo somos y cómo lo hacemos, contrastando tantas veces con aquello de “hubiéramos querido hacer y ser”. O “cómo lo hubiéramos querido hacer y/o cómo hubiéramos querido ser”. En síntesis, una continua entrada en el gran teatro del mundo de cada día donde se hace evidente la armonía o desarmonía, la coherencia o incoherencia entre nuestra **máscara** y nuestra **identidad**. Entre lo que aparentamos y parecemos y lo que somos, enredado este asunto entre mil motivos y mil justificaciones dadas a nosotros mismos.

Hablar de máscara es hablar de una figura alusiva al rostro humano. Un rostro humano imaginario, o de cualquier animal, con la que la persona puede cubrir la totalidad de su cara para **no ser descubierta** o tomar el aspecto de otra persona. Esto se ha usado desde tiempos inmemoriales, de forma voluntaria, con una finalidad festiva, ritual o defensiva.

Sin embargo, en el desarrollo normal de la vida de los seres humanos la máscara se conforma poco a poco desde que se nace, naturalmente, para presentarse a los demás. Porque “los demás” son el receptor fundamental de nuestra vida, lo que nos permite **ser relación, y ser en la relación y a través de la relación con el otro, descubrir verdaderamente quiénes somos**. Porque estamos constituidos de “el otro y lo otro”. Por tanto, hablar de la máscara natural humana no es hablar de falsedad. Es hablar de expresión exterior de lo que se **es** en el interior y se manifestó en un modo no verbal, es decir, sin palabras.

La vida toda y todos los seres vivientes somos no una mezcla, sino una **amalgama** inseparable entre lo visible y lo invisible. ¡Somos! Visible e invisible al mismo tiempo. Por ejemplo, en este mismo momento que escribo, las **letras son lo visible**. El **movimiento** que organiza las letras de acuerdo con mi pensamiento es **invisible**. Y el **mensaje** que está organizando el pensamiento, el movimiento y el orden de los códigos reconocidos en nuestra lengua (las letras), es decir, lo que quiero transmitir, es **invisible**.

Por lo tanto, hablar de máscara es hablar de la parte visible, la parte que se muestra y se conforma desde que una persona nace para poder manifestar lo que “es” (invisible), incluso a sí mismo, a los demás, a la vida, en la que vivo dentro y fuera de mí. Mi cuerpo, inevitablemente, va tomando la forma de mí mismo añadiendo todo, como en una escultura, todo los movimientos y experiencias que, a través de este cuerpo, día a día hago sobre mí. De acuerdo con lo que soy y hago en mí y conmigo cada día. Si le pego a un niño, eso se escribe sobre mi cuerpo. Si acaricio una flor, también.

Si hago cosas que **me pertenecen** (algo que reconozco porque me satisfacen), cosas que abren la puerta al profundo verdadero de mi ser (por cuanto sea invisible y desconocido a mí mismo), mi rostro, mi cuerpo, mis movimientos reflejan este buen vivir, y mi máscara, mi rostro corpóreo, será tan armoniosa y coherente conmigo misma como satisfactoria. Los demás no verán un ser perfecto, sino genuino y verdadero. Es decir, “fiable”.

En una persona sana, existe una **armonía** y una **coherencia** evidente entre lo que **es** y lo que **parece**. En una persona enferma, hay una diferencia entre lo que es y lo que parece. Cuanto más enferma, más es la distancia entre su ser invisible, su sí mismo, que es lo más central de su existencia y el cómo se manifestó en la vida y aparece ante los demás.

Por eso la enfermedad se vive como una **deformación**. Como una **pérdida de la forma genuina original** que cada ser humano siente como algo que le pertenecería radicalmente. Desde sus raíces. Esa que debería reflejar verdaderamente su persona en estado de verdadera salud. Su mejor forma. Su mayor pertenencia. Y justamente en este punto es donde nosotros nos debemos detener para comprender lo que como médicos nos corresponde e interesa: la importancia, organización y significado de esa deformación en la vida del sufrimiento, la enfermedad y la curación. La diferencia entre la máscara y la identidad de nuestro paciente, ese ser humano que nos pide ayuda.

Por ello nos conviene hacer alguna reflexión sobre la **identidad** para saber buscar en nuestro paciente este punto central del “diálogo de su enfermedad con su propia historia”. Pues, como sabemos, cada ser viviente padece de acuerdo con su especie y dentro de su especie según su propia naturaleza irrepetible. El diálogo con la propia historia y la conformación/deformación de su enfermedad dependerá sin duda alguna de ese “quién es”, de los instru-

mentos que tenga, de sus objetivos trascendentes invisibles, de cómo los sepa usar. De su habilidad para usarlos. De los triunfos o fracasos en la batalla cotidiana. De lo que pretenda cumplir para dar justa satisfacción a su existencia. Es decir, de su realización exterior de su vida interior.

La **identidad** no es una elección, es la realidad fundamental y constitutiva de cada ser viviente. Su ser mismo, totalmente único, caracterizado e irremplazable que lo distinguirá siempre y por siempre en la historia del Universo. Esto significa que esta identidad rige todo movimiento del “ser lo que tiene que ser” cada cual. Es decir, no existe la posibilidad de que un ser viviente no tenga todo lo que le sirve, toda la información necesaria en su interior para evolucionar hacia el esplendor y realización de su plenitud posible. Es decir, que no sepa “lo que tiene que hacer y ser” porque está escrito en su identidad.

Ese **saber invisible** que se manifestará través del cuerpo visible, por tanto inevitablemente carnal y espiritual, inmanente y trascendentemente amalgamados, que construye su realidad total de su persona, será la aguja de la balanza, a través de sus deseos, tendencias, entusiasmo, pasiones y elecciones realizadas en modo justo y erróneo que dará voz a lo que entendemos por la salud individual de su individual modo de enfermar y estar enfermo.

En realidad, lo que se interpone realmente entre la coherencia de esa máscara y esa identidad del ser humano son **las pasiones**, que deterioran el alma y que, como en el célebre *Retrato de Dorian Gray*, nos deforman y envejecen por dentro aunque, aparentemente, la ficción de la máscara impida que se evidencie.